

la victoria. «*Sí V. M., después de todo lo sucedido, tiene aún algunas esperanzas de salvación en las armas, nada tenemos que añadir; pero si no es así, sólo puede salvarse recobrando el cariño de su pueblo.*» Después de largo y animado debate, el Rey disolvió la reunión. «*Milores, dijo, os habéis expresado con gran libertad, pero no os lo tomaré á mal. En un punto estoy convencido y resuelto. Convocaré las Cámaras. En cuanto á las demás proposiciones que habéis presentado, son todas de gran importancia y no os sorprenderá que me tome una noche para meditar sobre ellas, antes de resolver nada* (1).

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, t. II, 236; *Mem. orig.*; Burnet, I, 794; *Diario de Luttrell*; *Diario de Clarendon*, nov. 27, 1688; *Citters*, nov. 27 (dic. 7) y nov. 30 (dic. 10.)

Es evidente que Citters adquirió esta noticia de alguno de los Lores allí presentes. Como la cuestión es de importancia, transcribo á continuación dos breves pasajes tomados de sus despachos. El Rey dijo: «*Dat het by na voor hem unmogelyck was te pardenen persoonen wie so hoog in syn reguarde schuldig stonden: vooral seer uytvarende jegens den Lord Churchill, wien hy had, de groot gemaakt, en nogtans meynde de ecnigste oorsake van alle dese desertie en van de retraite van hare Coning ycke Hoogheden te wesen.*» Uno de los Lores, probablemente Halifax ó Nottingham, «*seer hadde geurgeert op de securiteyt van de lords die nu met syn Hoogheyt geengageert staan. Soo hoor ick,*» dice Citters, «*dat syn Majesteyt onder anderen soude gesegt hebben; Men spreekt alvoor de securiteyt voor andere, en niet voorde myne. Waar op een der Pairs resolut dan met groot respect sou de geantwoordt hebbendat, soo syne Majesteyt's wapenen in staat waren om hem te connen manteneren, dat dan sulk syne securiteyte Koude wesen; soo niet, en soo de difficulteyt dan nog te surmonteren was, dat het den moeste geschieden door de meeste condescendance, en hoe meer die was, en hy genegen om aan de natic contentement te geven, dat syne securiteyt ook des te grooter soude wesen.*»

LX.

NOMBRAMIENTO DE LOS COMISARIOS PARA TRATAR
CON GUILLERMO.

Al principio pareció Jacobo dispuesto á hacer excelente uso del tiempo que había tomado para reflexionar. El Canciller recibió orden de publicar los edictos convocando un Parlamento para el 13 de enero. El Rey llamó á Halifax á su gabinete, donde celebraron una larga conferencia, en la cual el político habló con mucha más libertad de la que le pareciera decoroso emplear en presencia de una numerosa asamblea. Informóle el Rey que lo había nombrado comisario para tratar con el Príncipe de Orange. Al mismo tiempo que él fueron también designados Nottingham y Godolphin. El Rey declaró estar dispuesto á hacer grandes sacrificios por el mantenimiento de la paz. Respondió Halifax que indudablemente exigían las circunstancias grandes sacrificios. «*V. M., dijo, no debe esperar que los que tienen en su mano la fuerza consentan en ninguna condición que deje las leyes á merced de la regia prerrogativa.*» Con tan clara explicación de sus propósitos aceptó la comisión que el Rey deseaba confiarle (1). Las concesiones que algunas horas antes había negado con tanta obstinación las hizo ahora de la manera más liberal. Publicóse un decreto en el cual, no sólo concedía el Rey entero perdón á todos los que estaban en armas contra él, sino que los declaraba elegibles para el próximo Parlamento.

(1) *Carta del Obispo de S. Asaph al Príncipe de Orange*, diciembre 17, 1688.

Ni aun se exigía como condición de elegibilidad que depusiesen las armas. El mismo número de la *Gaceta* que anunció que las Cámaras iban á reunirse, publicaba también la noticia que sir Eduardo Hales, el cual como papista, renegado, paladín de la Prerrogativa de Dispensa y cruel carcelero de los Obispos era uno de los hombres más impopulares del Reino, había cesado en el cargo de gobernador de la Torre, sucediéndole uno que últimamente era su prisionero, Bevil Skelton, que, si bien no ocupaba lugar eminente en la estimación de sus compatriotas, no carecía al menos de aptitud legal para el desempeño de los empleos públicos (1).

LXI.

LA NEGOCIACIÓN, MEDIO DE GANAR TIEMPO.

Pero estas concesiones no tenían más objeto que cegar á los Lores y á la nación respecto á los verdaderos designios del Rey. Había resuelto secretamente no ceder un ápice, ni aun en tan gran apuro. El mismo día que se publicaba el decreto de amnistía explicó á Barillon sus intenciones con toda claridad. «Esta negociación, decía Jacobo, es mero fingimiento. Enviaré comisarios á mi sobrino para ganar tiempo y poder embarcar á la Reina y al Príncipe de Gales. Ya conocéis el estado de mis tropas. Sólo los Irlandeses pelearán por mí, y los Irlandeses no bastan á resistir al enemigo. Un Parlamento me impondría condiciones que no me sería dado so-

(1) *Gaceta de Londres*, nov. 29, dic. 3, 1688, *Diario de Clarendon*, nov. 29 y 30.

portar. Me vería obligado á deshacer cuanto he hecho por los católicos y á perder mi amistad con el Rey de Francia. Así, pues, tan pronto como la Reina y mi hijo estén en salvo, saldré de Inglaterra y me refugiare en Irlanda, en Escocia ó en los Estados de vuestro amo (1).

Había hecho ya Jacobo preparativos para la realización de este plan. Dover había sido enviado á Portsmouth con instrucciones para encargarse del Príncipe de Gales, y Dartmouth, que mandaba allí la escuadra, había recibido orden de obedecer á Dover en todas las cosas relativas al regio infante, y de tener pronto un yatch tripulado por fieles marineros, dispuesto á hacerse á la vela para Francia en el momento que se le avisase (2). El Rey envió ahora órdenes positivas para que el niño fuese inmediatamente trasladado al puerto más inmediato del continente (3). Después del Príncipe de Gales, lo que más inquietaba al Rey era el Gran Sello. Nuestros juriconsultos han atribuído siempre á aquel símbolo de la autoridad real importancia peculiar y casi misteriosa. Dícese que si el Guardasellos lo fijase sin licencia del Rey en una ejecutoria de nobleza ó en un indulto, aun cuando se haría reo de un gran delito, el documento no podría ser puesto en duda por ningún tribunal de justicia, y sólo podría anularse por una ley del Parlamento. Jacobo parece haber temido que este órgano de su voluntad cayese en manos de sus enemigos, quienes de este modo podrían dar validez legal á actos encaminados á perjudicarle; y no parecerán infundados sus temores, teniendo en cuenta que, precisamente cien años después, se empleó el

(1) Barillon, dic. 1 (11), 1688.

(2) *Jacobo á Dartmouth*, nov. 25, 1688. Véanse las cartas en Dalrymple.

(3) *Jacobo á Dartmouth*, dic. 1, 1688.

Gran Sello de un Rey, con asentimiento de Lores y Comunes, y con la aprobación de muy ilustres estadistas y abogados, para transmitir el poder real á su hijo. A fin de que el talismán que poseía poder tan formidable no fuese empleado en su daño, resolvió Jacobo que se guardase á muy corta distancia de su gabinete. Así, pues, Jeffreys recibió orden de dejar el espléndido palacio que recientemente había hecho construir en Duke-Street, y venir á vivir á una pequeña habitación de Whitehall (1). Ya lo tenía el Rey preparado todo para la fuga, cuando un obstáculo inesperado le obligó á aplazar la ejecución de su designio. Los agentes que tenía en Portsmouth empezaron á mostrar ciertos escrúpulos, y hasta Dover, no obstante pertenecer á la Cábala jesuítica, parecía vacilar. Menos dispuesto aún estaba Dartmouth á cumplir los reales deseos. Hasta aquí habiase mantenido fiel al trono y había hecho cuanto estuviera en su mano, con una escuadra poco afecta y viento contrario, para impedir que los Holandeses desembarcasen en Inglaterra; pero era celoso partidario de la Iglesia anglicana, y en modo alguno amigo de la política de aquel Gobierno al cual se creía obligado, por deber y honor, á defender. La mala voluntad que había advertido en los oficiales y soldados á sus órdenes le había causado gran inquietud, que disipó en gran parte la noticia de haberse convocado un Parlamento libre y de haberse nombrado comisarios para tratar con el Príncipe de Orange. Grande fué la alegría en toda la escuadra, y en el navío Almirante se redactó una felicitación agradeciendo calurosamente al Rey las concesiones que se había dignado hacer á la opinión pública. Firmaba primero el Al-

(1) *Diario de Luttrell.*

mirante, y seguían los nombres de treinta y ocho capitanes. El mensajero que llevaba este documento á Whitehall, se cruzó en el camino con el que traía á Portsmouth la orden de conducir á Francia inmediatamente al Príncipe de Gales.

LXII.

NIÉGASE DARTMOUTH Á ENVIAR EL PRÍNCIPE DE GALES Á FRANCIA.

Dartmouth vió con gran pesar y enojo que el Parlamento, la amnistía general, la negociación, no eran otra cosa que un gran fraude urdido contra el país, y que se trataba de hacerle cómplice de tal engaño. En una carta patética y viril declaró haber llevado ya su obediencia hasta el último punto donde podía llegar un protestante y un inglés. Pero poner el presunto heredero de la corona de Inglaterra en manos de Luis XIV, equivalía á una traición á la Monarquía. La nación, ya tan disgustada del Soberano, se exaltaría hasta el frenesí; pues una de dos, ó el Príncipe de Gales no había de volver nunca, ó volvería acompañado de un ejército francés. Si S. A. R. permanecía en la Isla, lo peor que podía sucederle sería que lo educasen en las doctrinas de la Iglesia nacional, y todo súbdito leal debía desear que se le educase de aquel modo. Dartmouth concluía declarando estar dispuesto á arriesgar la vida en defensa del trono, pero que no contribuiría, en modo alguno, á que el Príncipe fuese trasportado á Francia (1).

(1) *Segunda colección de documentos, 1688; véase en Dalrymple la Carta de Dartmouth, fechada á 3 de dic. 1685. Clarke, Vida*

Esta carta trastornó todos los proyectos de Jacobo. Sabía además que no podía, en la ocasión presente, esperar de su Almirante ni aun obediencia pasiva, pues Dartmouth había llegado hasta hacer situar algunas balandras en la entrada del puerto de Portsmouth, con orden de no dejar salir ningún barco sin que fuese registrado. Fué, pues, necesario cambiar de plan. El niño debería ser traído á Londres, y de aquí enviado á Francia. Antes que esto pudiera hacerse trascurrirían algunos días. Durante este tiempo la esperanza de un Parlamento y la apariencia de una negociación servirían á distraer el espíritu público. Se habían proclamado los edictos para las elecciones. Los trompeteros iban y venían entre la capital y el cuartel general de los Holandeses. Por fin llegaron los salvoconductos para los comisarios del Rey y los tres Lores salieron á desempeñar su embajada.

LXIII.

AGITACIÓN EN LONDRES.

Dejaron la capital en estado de temeroso desorden. Las pasiones que, por espacio de tres años llenos de turbulencias, habían ido aumentando gradualmente, libres ahora del freno del temor y estimuladas por la

de Jacobo II, tom. II, 233, Mem. orig. Acusa Jacobo á Dartmouth de haber hecho que la escuadra le dirigiese una solicitud pidiendo la convocación del Parlamento. Semejante acusación es de todo punto calumniosa. El memorial de la armada es un voto de gracias al Rey por haber convocado el Parlamento, y fué redactado antes que Dartmouth abrigase la más leve sospecha de que S. M. estaba engañando á la nación.

victoria y simpatía, se mostraban sin rebozo hasta en el recinto del Real Palacio. El gran Jurado de Middlesex lanzó una acusación contra el Conde de Salisbury por haberse hecho católico (1). El Lord Mayor mandó registrar las casas de los católicos, en la City, para recogerles las armas. El populacho penetró en casa de un respetable comerciante que profesaba las doctrinas de la Iglesia impopular á ver si había construido una mina desde sus sótanos á la vecina parroquia protestante para volar al ministro y á los fieles (2). Los vendedores pregonaban en las calles escritos satíricos contra el P. Petre, el cual había dejado con gran oportunidad sus habitaciones de Palacio (3). En todas las calles de la capital se cantaba con más furor que nunca la célebre canción de Wharton, ilustrada con muchos versos adicionales, y los mismos centinelas que daban guardia al Palacio tarareaban al recorrer sus puestos:

«Los ingleses brindan á la confusión del papismo,
Lillibullero buyen a la.»

Las prensas secretas de Londres trabajaban sin descanso, y diariamente se arrojaban á la circulación papeles que los magistrados no podían descubrir ó á cuya publicidad no querían poner obstáculo. Uno de éstos se ha salvado del olvido merced á la hábil audacia con que estaba escrito y al inmenso efecto que produjo. Pretendía el documento en cuestión ser un suplemento á la Declaración de Guillermo, escrita y sellada por el Príncipe de Orange, pero su estilo difería mucho del verdadero Manifiesto. Amenazábase á

(1) *Diario de Luttrell.*

(2) *Adda, dic. 7 (17), 1688.*

(3) Dice el Nuncio: «Se lo avesse fatto prima di ora, per il Re ne sarebbe stato meglio.»

todos los papistas que se atreviesen á abrazar la causa del Rey con venganzas extrañas á los usos de las naciones cristianas y civilizadas. Se les trataría no como soldados ó caballeros, sino como bandidos. La ferocidad y licencia del ejército invasor, contenidas hasta aquí con mano fuerte, podrían satisfacerse sin la menor traba en los católicos. Los buenos protestantes, y especialmente los que habitaban la capital, eran conjurados por cuanto tuviesen de más caro, y se les ordenaba, so pena de incurrir en el desagrado del Príncipe, á coger, desarmar y reducir á prisión á sus vecinos católicos. Dícese que este libelo fué encontrado una mañana debajo de la puerta de su tienda por un librero whig, el cual se apresuró, á imprimirlo, enviándose muchos ejemplares por el correo, y pasando rápidamente de mano en mano. Las personas discretas lo declararon, sin vacilar, impostura imaginada por algún aventurero revoltoso y sin principios, de esos que en tiempos turbulentos se encuentran siempre en el fango de los partidos. Pero la multitud se dejó coger en el lazo. Es cierto que hasta tal punto se había excitado el sentimiento nacional y religioso contra los papistas irlandeses, que la mayor parte de los que creían auténtica la fingida proclama, la encontraban digna de aplauso, considerándola demostración oportuna de rigor y energía. Cuando se supo que ningún documento semejante había salido de manos de Guillermo, todos trataron de averiguar con el mayor interés quién era el impostor que con tan gran atrevimiento y fortuna había tomado el nombre de S. A. Sospechaban unos que era Ferguson, mientras otros creían que fuese Johnson. Finalmente, después de haber trascurrido veintisiete años, Speke declaró ser autor de la impostura, solicitando de la casa de Brunswick recom-

pensa por haber prestado servicio tan eminente á la religión protestante. Aseguraba, en el tono del que cree haber hecho alguna acción virtuosa y honrada en alto grado, que cuando la invasión holandesa llenaba de consternación á Whitehall, él había ofrecido sus servicios á la Corte, fingiendo haberse enemistado con los whigs y prometiendo servir de espía entre ellos; que de este modo había obtenido audiencia en el gabinete real, donde había hecho voto de fidelidad al Soberano; que se le habían prometido grandes recompensas pecuniarias y le habían dado pases en blanco, con los cuales sin dificultad podía ir y venir entre los ejércitos enemigos. Protestaba haber hecho todo esto con el solo objeto de poder descargar un golpe mortal al Gobierno sin excitar sospechas, y producir además una violenta explosión de los sentimientos populares contra los católicos. Pretendía que la fingida proclama era uno de los medios de que se había valido, pero puede dudarse acerca del fundamento de esta reclamación. Dilató por tanto tiempo el hacerla suya, que muy bien puede sospecharse hubiera esperado á la muerte de los que se hallaban en situación de desmentirle, sin que, por otra parte, presentase ningún testimonio en apoyo de su aserto (1).

(1) Véase la *Historia secreta de la Revolución*, por Hugo Speke, 1715. En la biblioteca de Londres se conserva un ejemplar de obra tan rara, con una nota manuscrita que parece ser de mano del mismo Speke.

LXIV.

SUBLEVACIONES EN DIFERENTES PARTES DEL REINO.

Mientras estas cosas sucedían en Londres, cuantos correos llegaban de todas partes del Reino traían noticia de alguna nueva insurrección. Lumley se había apoderado de Newcastle. Los habitantes le habían acogido con las mayores muestras de alegría. La estatua del Rey, que se levantaba sobre un alto pedestal de mármol, había sido derribada y arrojada al Tyne. El 3 de diciembre se recordó por mucho tiempo en Hall, por ser éste el día en que fué tomada aquella ciudad. Estaba encargada la defensa de la plaza á una guarnición mandada por el católico lord Langdale. Los oficiales protestantes, de acuerdo con los magistrados, concertaron un plan de revuelta. Langdale y los suyos fueron encerrados en una prisión, y unidos ciudadanos y soldados se declararon por la religión protestante y el Parlamento libre (1). Los Condados orientales también se habían sublevado. El Duque de Norfolk, seguido de trescientos caballeros armados y montados, se presentó en la magnífica plaza Mayor de Norwich. El mayor y los aldermen, reuniéndose allí con él, se comprometieron á sostenerle contra los papistas y el poder arbitrario (2). En el Worcestershire, lord Herbert de Cherbury y sir Eduardo Arley to-

(1) Brand, *Historia de Newcastle*; Tickell, *Historia de Hull*.

(2) Todavía puede verse la descripción de lo sucedido en Norwich, en el manuscrito original, en varias colecciones. Véase también la *Cuarta colección de documentos*, 1688.

maron las armas (1). Bristol, segunda ciudad del reino, abrió sus puertas á Shrewsbury. El Obispo Trelawney, que en la Torre había olvidado por completo la doctrina contraria á la resistencia, fué el primero á dar la bienvenida á las tropas del Príncipe. Tal era el entusiasmo de los habitantes, que no se juzgó necesario dejar allí guarnición alguna (2). El pueblo de Gloucester se sublevó y sacó á Lovelace de su encierro. Pronto vió en torno suyo un ejército irregular. Algunos de sus jinetes tenían cuerdas en vez de bridas, y entre la infantería, muchos no tenían más armas que sus garrotes. Sin embargo, esta fuerza así constituida atravesó sin obstáculo condados enteros, fieles un tiempo á la casa de Estuardo, entrando por último triunfante en Oxford. Los Magistrados salieron en corporación á recibir á los insurgentes. La misma Universidad, exasperada por recientes ultrajes, no estaba muy dispuesta á censurar la rebelión. Ya entonces algunos rectores de colegios habían despachado un mensajero encargado de asegurar al Príncipe de Orange de su cordial adhesión, comprometiéndose también á hacer fundir sus vajillas para ayudar á su empresa. El jefe whig, por lo tanto, atravesó á caballo la capital de los tories en medio de generosas aclamaciones. Delante de él iban los tambores batiendo el Lillibullero. Detrás venía largo séquito á pie y á caballo. Toda la calle Mayor estaba adornada con cintas de color de naranja, pues ya entonces este color tenía la doble significación que aun conserva, después del trascurso de ciento sesenta años. Era ya

(1) Clarke, *Vida de Jacobo*, tomo II, 232; Memoria MS. de la familia de Harley, en la *Colección Mackintosh*.

(2) Citters, dic. 9 (19), 1688. *Carta del Obispo de Bristol al Príncipe de Orange*, 5 de dic. 1688, en Dalrymple.

para el inglés protestante, emblema de la libertad civil y religiosa; para el católico celta, de esclavitud y persecución (1).

Mientras de este modo se levantaban los enemigos en torno del Rey, sus amigos se apresuraban á huir de su lado. Todos se habían familiarizado ya con la idea de la resistencia. Muchos que se habían horrorizado al tener noticia de las primeras defecciones, se reprochaban ahora el haber andado tan lentos en descubrir las diferencias de los tiempos. No había ya ninguna dificultad ni peligro en acudir al campo de Guillermo. El Rey, al llamar la nación á elegir representantes, había autorizado, implícitamente, á todos, á marchar á los sitios donde tenían votos ó intereses, y muchos de estos lugares estaban ya ocupados por invasores ó insurgentes. Clarendon no dejó escapar esta oportunidad de abandonar la causa vencida. Sabía que su discurso, cuando el Consejo de los Pares, había inferido grave ofensa al Monarca, y también le había mortificado en extremo que no se hubiese contado con él para formar parte de la embajada que había de negociar con Guillermo. Tenía Clarendon posesiones en el Wiltshire. Resolvió que su hijo, el hijo de quien había hablado recientemente con pesar y horror, se presentase candidato por aquel condado, y con pretexto de trabajar la elección se puso en marcha para el Oeste, á donde le siguieron muy pronto el Conde de Oxford y otros que hasta aquí habían rechazado toda intervención en la empresa del Príncipe (2). Por este tiempo habían llegado los invasores en su marcha segura, aunque lenta, á setenta millas

(1) Citters, nov. 27 (dic 7), 1688; *Diario de Clarendon*, 11 de dic.; *Canción á la entrada de Lord Lovelace en Oxford*, 1688; *Burket*, I, 793.

(2) *Diario de Clarendon*, dic. 2, 3, 4 y 5, 1688.

de Londres. A pesar de hallarse en pleno invierno, el tiempo era hermoso, el camino agradable y el cesped de la llanura de Salisbury parecía blando regalo á soldados que habían tenido que atravesar los cenagosos caminos del Devonshire y del Somersetshire. Tenía que pasar el ejército á muy corta distancia de Stonehenge, y uno por uno los regimientos hicieron alto para visitar la misteriosa ruina, célebre en todo el Continente como la principal maravilla de nuestra Isla. Guillermo hizo su entrada en Salisbury con la misma pompa militar que había desplegado en Exeter, y se alojó en el palacio que ocupaba el Rey pocos días antes (1).

Vinieron entonces á aumentar su séquito los Condes de Clarendon y Oxford y otras personas de alto rango que hasta hacía pocos días pasaban por celosos realistas. También Citters acudió al cuartel general holandés. Durante algunas semanas había estado poco menos que prisionero en su casa, cerca de Whitehall, bajo la constante vigilancia de centinelas y espías. Sin embargo, á despecho de los espías, ó tal vez con su ayuda, había logrado obtener noticias minuciosas y exactas de cuanto pasaba en Palacio, y una vez provisto de valiosos detalles acerca de los hombres y las cosas, vino á asistir á las deliberaciones de Guillermo (2).

(1) Whittle, *Diario exacto*; Eachard, *Historia de la Revolución*.

(2) Citters, nov. 20 (30), dic. 9 (19), 1688.

LXV.

DISENSIONES EN EL CAMPO DEL PRÍNCIPE.

Hasta aquí la empresa del Príncipe había prosperado más de lo que esperaban sus ardientes partidarios; y ahora, según la ley general que gobierna las cosas humanas, la prosperidad empezó á producir la desunión. Los Ingleses reunidos en Salisbury estaban divididos en dos partidos. Formaban uno de ellos los whigs, que siempre habían mirado las doctrinas de la obediencia pasiva y la universalidad del derecho hereditario como serviles supersticiones. Muchos de ellos habían pasado años enteros en el destierro. Todos se habían visto excluidos, desde hacía mucho tiempo, de toda participación en los favores de la Corona. Halagábales ahora la idea de la inmediata grandeza y venganza. Abrasados por el rencor, inflamados por la victoria y la esperanza, ni aun querían oír hablar de transacción. Todo lo que no fuese la deposición de su enemigo no podía contentarles, y es indudable que al obrar así se mostraban de todo en todo consecuentes. Nueve años antes habían tratado de excluirle del trono por suponer que sería un mal Rey; no era, pues, de esperar que le permitiesen seguir gobernando, después de haber resultado un Rey mucho peor de lo que ninguna persona discreta podría imaginar.

Por otra parte, no pocos de los partidarios de Guillermo eran celosos toríes que, hasta época muy reciente, habían sostenido, de la manera más absoluta, la doctrina contraria á la resistencia, mas cuya fe en aquella doctrina había cedido por un momento ante

la fuerza de las pasiones, excitadas por la ingratitude del Rey y por el peligro de la Iglesia. No puede darse situación más penosa ó incierta que la del antiguo *Caballero* que se había levantado en armas contra el Trono. Los escrúpulos, que no le impidieran encaminarse al campo holandés, empezaron á atormentarle cruelmente no bien estaba allí. Acusábale la conciencia de haber cometido un crimen. Cuando menos, habíase hecho acreedor á la censura, obrando en completa oposición con lo que había sostenido durante toda su vida. Sus nuevos aliados le inspiraban invencible antipatía. Eran gentes á quienes desde que los había conocido había perseguido y despreciado; presbiterianos independientes, anabaptistas, veteranos de Cromwell, barbudos soldados de Shaftesbury, cómplices de la conspiración de Rye House, caudillos de la insurrección del Oeste. Como es natural, deseaba establecer alguna distinción que acallase la voz de su conciencia, vindicase su conducta y estableciese diferencia entre él y la multitud de cismáticos rebeldes á quienes siempre había aborrecido y despreciado, y con los cuales se hallaba ahora en peligro de ser confundido. Así, pues, rechazaba con vehemencia toda idea de quitar la corona de aquella cabeza ungida que la voluntad del cielo y las leyes fundamentales del reino habían hecho sagrada. Era su más ardiente deseo ver terminada una reconciliación en términos que no rebajasen la dignidad real. Él no era traidor; ni tampoco trataba de resistir á la regia autoridad. Habíase levantado en armas por estar convencido de que el mejor servicio que pudiera prestar al Trono sería rescatar á S. M. por medio de una suave coerción de manos de sus malos consejeros.

Los males que la animosidad mutua de estas facciones hubiera producido fueron, en gran parte, evi-

tados por el ascendiente y discreción del Príncipe. Rodeado de vehementes sectarios, consejeros ociosos, abyectos aduladores, vigilantes espías y maliciosos charlatanes, permanecía sereno é impenetrable. Se mantenía silencioso mientras era posible guardar silencio, y cuando se veía obligado á hablar, el tono enérgico é imperioso en que manifestaba sus bien meditadas opiniones, pronto hacía callar á los demás. A pesar de cuanto el excesivo celo hacía decir á algunos de sus partidarios, no pronunció una sola palabra respecto á la Corona de Inglaterra. Sabía muy bien, á no dudar, que entre él y aquella Corona había aún tales obstáculos, que la mayor prudencia no bastaría á vencerlos, y que un solo paso en falso los haría insuperables. La única manera de alcanzar tan espléndido premio no era cogerla brutalmente, sino aguardar hasta que, sin apariencias de violencia ó premeditación de su parte, viese realizado su deseo por la fuerza de las circunstancias, por los errores de sus contrarios y por la libre elección de los Estados del Reino. Los que se atrevían á preguntarle, no lograban sacar nada en limpio, y, sin embargo, no podían acusarle de disimulo. Siempre les remitía á su Declaración, asegurándoles que sus opiniones no habían cambiado desde la publicación de aquel documento. Con tal habilidad manejaba á sus secuaces, que la discordia que reinaba entre ellos parecía aumentar y fortificar en vez de aminorar y disminuir su autoridad. Pero no bien el Príncipe retiró su poderosa mano, la discordia estalló con violencia, interrumpió la armonía que reinaba entre alegres asociados, y ni aun respetó la santidad de la casa de Dios. Clarendón, que trataba de ocultar á los demás y á sí mismo, por un ostentoso alarde de sentimientos leales, el hecho indudable de su rebelión, oyó con disgusto las risas con

que algunos de sus nuevos compañeros hablaban, de sobremesa, de la regia amnistía que magnánimamente se les acababa de ofrecer. Ellos no necesitaban perdón, decían, y al contrario, harían que el Rey se lo pidiese antes de mucho. Más alarmante y ofensivo para los sentimientos de todo buen tory fué un incidente ocurrido en la catedral de Salisbury. Tan pronto el ministro oficiante empezó á leer la oración por el Rey, Burnet, entre cuyas buenas cualidades no han de contarse el dominio de sí mismo y el delicado sentimiento de las buenas formas, se levantó, tomó asiento y pronunció en voz baja algunas palabras despreciativas que escandalizaron la devoción de los fieles (1).

No pasó mucho tiempo sin que las dos fracciones que dividían el campo del Príncipe tuviesen ocasión de medir sus fuerzas. Los Comisarios regios estaban ya en camino para conferenciar con el Príncipe. Hacía algunos días que debían haber llegado, y parecía extraño que en caso de tan gran urgencia hubiese tal dilación. Pero es lo cierto que ni Jacobo ni Guillermo deseaban que las negociaciones empezasen inmediatamente, pues el único afán de Jacobo era ganar tiempo para poder enviar á su esposa y su hijo á Francia; y la posición de Guillermo era cada día más crítica. Por fin el Príncipe hizo anunciar á los Comisarios que los recibiría en Hungerford. Tal vez eligió aquel sitio porque, hallándose á igual distancia de Salisbury y de Oxford, era un buen punto de cita para sus más importantes partidarios. En Salisbury estaban los nobles y caballeros que le habían acompañado desde Holanda ó se le habían incorporado en el Oeste; y en Oxford había muchos jefes de la insurrección del Norte.

(1) *Diario de Clarendon*, dic. 6 y 7, 1688.